

entre los miembros de la UNITA porque esa banda tiene contradicciones internas.

Comentamos a su alrededor de lo que hemos oído y conocemos acerca de Savimbi, pero mi sobrino, que ya es un muchacho de catorce años, insiste en el cuento de la guerra. Nuestro padre lo manda callar y nos hace poner en pie.

—Tengo cuatro hijos y los cuatro estuvieron allí—dice con un vaso en las manos—. Ahora están aquí, pero lo fundamental es que estuvieron allí! ¡Brindemos por eso!

Bebemos rápido. Mi hermano permanece con la cabeza inclinada, tengo la sensación de que sus penas mientras andan por otra parte. Nos sentamos. En su rostro hay un cambio que apenas se nota: no sé si es el color de la piel o los ojos más chicos. Me recuerda la angustia de aquellos días y la muerte del Chino y el Flaco. Viajaban en un camión con una enfermera de las FAPLA. Frenaron a causa de un tronco en medio del camino y les dispararon con un LAW:¹ la cabina del carro quedó inclinada hacia delante y el Flaco murió sin poder hacer nada.

—Oye, tío, ¿mataste mucha gente allí?

—Chico, no preguntes eso—replico el muchacho y siento que mi hermano se relaja.

—Cuando hablan de colonialismo o de neocolonialismo uno no entiende bien, pero si ponen un ejemplo es diferente. Una vez había un negro descalzo, con tonga o taparrabos, tenía un arco y tres flechas y traía puesto un saco tornasolado, de esos que la luz le saca colores... ¡Modernismo! Nosotros tuvimos que reírnos. Había tremendo frío y andaba con una vaca amarrada por el pescuezo. Tiramos con el arco y la flecha cala ahí mismo. El angolano agarró su arco y lanzó la flecha como a cincuenta metros... ¡Una pantera del

¹ Potente arma norteamericana, plástica, de un solo disparo.

carajol! Después repartimos cigarros y el negro no le quitaba los ojos a la caja, le dimos uno para nada traía fósforos. El angolano sacó una fósforera de esas que son de magneto y de gas... ¡Eso es colonialismo!

Algunos hacen breves comentarios. Noto que mi hermano está algo nervioso. Quién sabe si recuerda la mano del Chino, abrazada al derretirse la manija de la puerta cuando se cubrió el rostro para que no quemara sus ojos.

—¿Tío, tiraste tiros a mucha gente?—pregunta mi sobrino muy serio. Roberto empieza a mirarlo de otro modo.

—Ya está bueno. Déjalo hablar—digo y el muchacho se enoja, abultando el labio inferior.

—¿Te acuerdas del cuento que te hice en Lobito?—dice mi hermano—. De cuando celebraron en mi unidad el cumpleaños colectivo en el mes de mayo y no pude tomar casi nada porque no sabía dónde tú estabas, y pensaba que estuvieras muerto o combatiendo en ese momento... —me mira un instante y vuelve los ojos al vaso—. Cuando nos vimos me constó que ese mismo mes habían celebrado tu cumpleaños en tu unidad y no pudiste tomar porque te acordabas de nosotros, y pensabas que estaríamos combatiendo o muriendo en ese momento... ¿Te acuerdas?

Le digo que sí con la cabeza y recuerdo la conversación en Lobito. En el momento en que se escuchó el tiroteo allá lejos, un compañero salió de la trinchera y disparó varias ráfagas sobre una gacela, pero el animal escapó y dejaron de oírse los tiros de AK y de G3, en dirección a un monte cercano.

—¿Viste muertos, viste muchos muertos, tío?

Mi hermano se revuelve en la butaca y respira ruidosamente. Bebe todo el contenido del vaso y casi lo rompe al ponerlo en el suelo. Su hija más pequeña llega corriendo, paraguada por uno de los perros de la casa. La niña se recuesta entre sus piernas y le